

RECORDANDO A LOS **LUDDITAS**, **DESTRUCTORES** DE MÁQUINAS



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2022

***Recordando a los ludditas,
destructores de máquinas***

Contenido:

Los destructores de máquinas,
por Reyna Pastor de Togneri

Los destructores de máquinas. In memoriam.
por Christian Ferrer

¿Quién mató a Ned Ludd?
por John y Paula Zerzan

Recopilación y maquetación:

Demófilo
2022

**LIBROS LIBRES PARA
UNA CULTURA LIBRE**



El fenómeno histórico del “luddismo” ha sido habitualmente menospreciado, cuando no ignorado o malinterpretado.

Hemos reunido en este volumen tres trabajos de diferentes autores que, además de la interesante información que aportan sobre el tema -el luddismo- nos ofrecen matices derivados de su interpretación de los hechos, que ayudan a enriquecer nuestra visión sobre las luchas realizadas por aquellos “destructores de máquinas” en un momento histórico, social y económico muy concreto: los comienzos de la revolución industrial en Inglaterra.

Contenido:

Los destructores de máquinas por Reyna Pastor de Togneri

Las leyes de asociaciones y las nuevas formas de lucha

El movimiento luddista

El luddismo en la industria del algodón

El movimiento luddista de los tundidores

Conclusiones

Anexos

Los destructores de máquinas, In memoriam Christian Ferrer

El código sangriento

Ned Ludd, fantasma

“Fair Play”

Epílogos

Voces

¿Quién mató a Ned Ludd? por John y Paula Zerzan





Reyna Pastor de Togneri *

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS **

Las leyes de asociaciones y las nuevas formas de la lucha

Los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX fueron de un desarrollo industrial sin precedentes. La explotación minera y la metalúrgica, dedicadas especialmente a la producción de armamentos para la guerra contra Napoleón, son objeto de una enorme expansión. Lo mismo pasó con la industria de los tejidos de algodón. Pero este progreso industrial se produce sólo en algunos sectores de la producción, pues en otros ésta se sigue realizando dentro de los viejos sistemas

* Reyna Pastor de Togneri (Buenos Aires, 1931-Madrid 2022) fue una historiadora argentina radicada en España desde los años 70. Siendo profesora de Historia de España, perdió su cargo debido a la dictadura militar de Juan Carlos Onganía. Por ello tuvo que exiliarse a España en 1976, país en el que permaneció hasta su muerte en 2022. (Wikipedia).

** Fuente: <http://historiamovimientoobrero sociales.uba.ar/bibliografia/>

artesanales o domiciliados. Es un momento de transición hacia la fábrica. Pero a pesar de esto los obreros industriales, el nuevo proletariado urbano, aunque no sea el mayor en número, es ya el sector más avanzado del movimiento obrero. La concentración en las fábricas y en los barrios obreros ha hecho que se desarrollen la solidaridad y la conciencia de clase. Esta expansión industrial se produce en una Inglaterra en guerra con Francia, que también, junto con el desarrollo, experimenta las consecuencias del conflicto. La situación sigue siendo crítica para los obreros durante todo este período, que va de 1795 a 1815. Aumenta el costo de la vida, son frecuentes las huelgas y el ataque a las maquinas. Este proceso, que en parte es mitigado al principio porque el obrero sigue siendo un semi campesino, se acentúa después de 1810; y con él los conflictos.

Ya al comenzar el siglo, en el 1800, el Parlamento había promulgado las *Combination Acts* (Leyes de Asociaciones), por las cuales se prohibía todo tipo de asociación de trabajadores. Estas leyes estuvieron en vigencia hasta 1825 y fueron uno de los mayores obstáculos para la organización de la clase obrera. Pero pese a ello ésta siguió avanzando. La gran huelga de 1804-5 realizada por los tejedores de Glasgow, que llegó a hacer que 40.000 trabajadores de toda Escocia pararan sus telares, señala que la capacidad organizativa de los obreros crecía a pesar de las leyes mencionadas. En ese momento los patronos dieron muestras de debilidad, pero el gobierno reprimió condenando a los cabecillas a severas penas.

Las Leyes de Asociaciones llevaron a los obreros, sobre todo a partir de los años en que la crisis se acentúa, a crear sociedades secretas y clandestinas, como las que dan origen y llevan adelante las acciones de los luddistas.

El movimiento luddista

Las revueltas luddistas fueron sumamente destructivas. Para aplacarlas hubo que utilizar una fuerza militar más importante que la que constituían muchos de los ejércitos enviados por Inglaterra a las guerras del continente, En el verano de 1812 había más de 12.000 soldados destacados en Leicester y York. El valor de las propiedades y maquinarias destruidas en los conflictos que allí se produjeron ascendió a las 100.000 libras esterlinas.



Se da el nombre de revueltas luddistas a las que se llevaron a cabo en Inglaterra entre 1811 y 1817. El nombre proviene del de un joven aprendiz de tejedor. Ned Ludiam o Ludd, que enojado con su maestro rompió con un martillo los telares del taller de éste.

Mítica o histórica, la figura legendaria de Ned Ludd aparecerá frecuentemente dirigiendo al movimiento, firmando como "General de los Ejércitos de Justicieros" amenazas como ésta:

"Señor: se me ha informado que usted es dueño de algunas de esas detestables máquinas esquiladoras ... Sepa usted que si no son retiradas a fines de la próxima semana, encomendaré a uno de mis lugartenientes que las destruya ... y si tiene usted la audacia de disparar contra cualquiera de mis hombres, ellos tienen órdenes de asesinarlo a usted e incendiar su casa . .(1812).

Otras veces, desde su “oficina en el bosque de Sherwood”, les anuncia a los medieros y fabricantes de encajes que sus hombres “romperían y destruirían toda clase de máquinas, cualesquiera que ellas fuesen, que fabricasen artículos espurios, y todos los telares, cualesquiera que ellos fuesen, que no pagaran el precio corriente” hasta entonces acordado entre los maestros y los obreros (invierno 1811-1812).

Los momentos en que cobraron mayor intensidad las acciones de los luddistas corresponden a los años 1811 y 1812. Esas acciones son iniciadas por los tejedores de medias y de encajes de los condados centrales de Nottingham, Leicester y Derby y se extienden luego a los cultivadores y tejedores de algodón de Yorkshire, Cheshire y Lancashire. Ataques luddistas se producen, aunque no con tanta intensidad, en el invierno de 1814 y el verano y el otoño de 1816. Estas luchas y los conflictos que conmueven a la sociedad inglesa se producen durante las últimas etapas de las guerras napoleónicas y durante los años inmediatamente posteriores.

Se produce en esos años una depresión industrial, que es originada no tanto por el bloqueo continental impuesto por Napoleón como por el cierre repentino del mercado americano en respuesta a la política del rey de Inglaterra. El comercio de exportación se derrumba. Quiebran los bancos. A esto se suman las pésimas cosechas que se dan de 1809 a 1812. El precio del trigo sube de un 50 % a un 80 %. Un tejedor que en 1812 ganaba con su telar manual de 9 a 12 chelines semanales debía gastar diariamente en pan un chelín y medio. Los conflictos fueron más intensos en las zonas donde se producían artículos de exportación: los Midlands, los alrededores de Nottingham, Derbyshire y Leicestershire. Allí los comerciantes de medias alquilaban sus telares a maestros medieros y éstos a su vez empleaban tejedores. El trabajo, de por sí mal pago, fue afectado por una baja en la demanda causada por el cierre de la

exportación. A ello se sumó el empleo de telares más anchos, que permitían la confección de medias “cortadas” sobre moldes, que luego eran cosidas, trabajo de menor calidad que exigía menos especialización y por lo tanto empleaba mano de obra más barata. En Arnold, un pueblito próximo a Nottingham, se produjo el primer estallido, en febrero de 1811. Los tejedores atacaron los talleres y rompieron los telares.



En abril, antes que llegara el ejército, hubo una nueva revuelta. En noviembre, en las aldeas de Bullwel y de Bullwell Forest estalló otra revuelta. El nombre del legendario Ned Ludd comenzaba a circular. Por los alrededores de Nottingham se extendió la revuelta y la ruptura de telares. Los luddistas aparecían actuando como grupos bien organizados. El pueblo los apoyaba y los maestros medieros no eran del todo hostiles al movimiento. Los verdaderos perjudicados eran los comerciantes, dueños de los telares. Los luddistas elegían sus víctimas: se mencionaba la existencia de “listas”. También se recolectaban fondos para ayudar a los tejedores.

Era frecuente que los medieros recibieran notas como esta:

“Caballeros: Ned Ludd os saluda y espera que donéis una insignificancia para sostener su ejército, ya que él conoce bien el arte de romper los odiosos telares. Si vosotros aceptáis esto, bien estará, y si no, os visitaré personalmente.

Edward Ludd”.

Pese al envío de 2.000 soldados para sofocar la revuelta, ésta continuó extendiéndose. Hasta febrero de 1812 el promedio de telares destrozados fue de 200 por mes. Durante el mes de diciembre se ofrecieron mediadores en el conflicto. Los comerciantes de medias prometieron pagar más salarios y hasta suprimir los telares anchos, aquellos que se utilizaban para las medias cortadas sobre molde. No se llegó a un acuerdo formal, pero los comerciantes consideraron conveniente cumplir con lo prometido.

Ambos bandos habían elevado peticiones al Parlamento. De este organismo salió la Ley sobre Destrucción de Telares, sancionada en febrero de 1812, por la que se convertía en delito grave la destrucción de telares. Para la primavera de 1812 el movimiento luddista había declinado notablemente.

El luddismo en la industria del algodón

La industria mecanizada del algodón se había concentrado en Lancashire y Cheshire. El sistema fabril regía por entonces sólo en el hilado del algodón. Los tejedores utilizaban todavía los telares manuales. El telar a vapor había comenzado a aplicarse en 1806, pero en 1812 sólo doce fábricas habían sido equipadas con él. Se produjo entonces la crisis antes mencionada: la depresión comercial, las malas cosechas. Los culpables de todo esto fueron los comerciantes del algodón, los molineros y muy especialmente los nuevos telares mecánicos. Estos estaban instalados en Stockport. Bolton, Middleton y Manchester. En marzo de 1812 comenzaron los ataques. En Manchester los revoltosos entraron intempestivamente en el salón de la Bolsa donde estaban reunidos los comerciantes para votar una declaración de lealtad al Príncipe Regente, y leyeron una declaración de los gremios de Londres.

Al mismo tiempo hubo en otros lugares revueltas de hambre, asaltos a almacenes y panaderías, etc., en los cuales las máquinas no eran atacadas. En abril de ese año, 1812, en Stockport, la multitud invadió las calles de la ciudad rompiendo vidrios y encabezada por dos hombres disfrazados de mujeres que se hacían llamar “las esposas del general Ludd” y destrozó telares a vapor. Los soldados sofocaron la revuelta, pero ésta se extendió a Oldham. Allí comenzó como una revuelta de hambre que obligó a los comerciantes a vender más barato y terminó con la destrucción de una importante fábrica de telares a vapor, acción que costó cinco muertos y dieciocho heridos.

La revuelta se extendió por Liverpool y Manchester. Entonces los magistrados y algunos ciudadanos importantes comenzaron a preparar la defensa, formaron asociaciones especiales y convocaron a la milicia. Las tropas se dispersaron por los distritos atacando a los grupos luddistas y realizando arrestos. En Lancaster cien prisioneros fueron condenados a muerte y quince enviados al destierro. En Chester quince fueron sentenciados a muerte y diecisiete enviados a Australia. En junio se derogaron las leyes que impedían la exportación. Disminuyó entonces la tensión, y hacia fines de julio el movimiento luddista había mermado en la zona algodonera.

El movimiento luddista de los tundidores

En las llanuras del condado de York, en el valle del Spennings, cerca de Leeds se da el tercer foco luddista. En ese valle se encontraba el centro de los tundidores de paños. Los maestros tundidores recibían el encargo de peinar y pasar las tijeras a los paños que les llevaban ricos mercaderes. Empleaban para ello a oficiales y aprendices. Maestros y oficiales se encontraban

por lo general en buenas relaciones y no existía la neta división entre las gentes del oficio que se daba en otras ramas de la industria rural.



Los tundidores venían sufriendo las consecuencias de las malas cosechas y de la depresión comercial y el trabajo escaseaba. Se desató entonces, la violencia contra las máquinas. Estas eran relativamente simples: un doble par de tijeras trabajaba sobre un armazón. Su manejo resultaba más simple que el de las tijeras manuales, pero ahorraba mano de obra, y eso

era lo importante. La máquina había sido introducida en la zona occidental del condado de York unos doce años antes. Su instalación había originado resistencias pacíficas, pero las duras condiciones del invierno de 1812 lanzaron a los tundidores a la destrucción.

A mediados de enero de ese año se generalizaron los rumores que hacían referencia a una conspiración contra las máquinas. Días más tarde una hilandería de las cercanías de Leeds fue incendiada. A principios de febrero grupos pequeños de hombres armados rondaban las villas y los pueblos, entraban en las casas de los maestros tundidores y rompían las máquinas de tijeras y las máquinas peinadoras. Nueve de estas máquinas fueron rotas entre febrero y marzo. Ned Ludd volvía a aparecer. Los maestros que poseían las nuevas máquinas recibían cartas amenazadoras firmadas en su nombre con el agregado de “el General del Ejército de los Justicieros”.

Las violencias de los luddistas del condado de York fueron más intensas, más audaces y destructoras que las de los tundidores de otros condados. El ataque más importante fue el que se hizo en Cooper's Bridge a la hilandería de William Cartwright, uno de los principales promotores de la nueva máquina y miembro activo de las asociaciones que los pañeros habían creado para defender sus intereses.

Advertido, el dueño de la hilandería repelió el ataque pues contaba con refuerzos. Una descarga cerrada mató a dos de los atacantes y puso en fuga a los demás. Una semana más tarde se intentó asesinar a Cartwright, pero éste logró salir con vida. Otro fabricante, miembro del comité para la "Supresión de los Ultrajes", fue muerto cuando regresaba de una reunión. A partir de este hecho los fabricantes suspendieron el uso de las tijeras mecánicas, pero al mismo tiempo los luddistas perdieron la simpatía de mucha gente.

Se dedicaron entonces más a conseguir alimentos, dinero y armas que a destruir máquinas. Como en las otras ocasiones, fue la llegada de tropas del ejército y de milicianos lo que puso término al movimiento, hacia fines de setiembre. Una vez más actuaron espías y delatores. Cien prisioneros fueron alojados en la cárcel de York. De ellos diecisiete fueron colgados por diferentes delitos y otros fueron deportados.

Esta represión debilitó al movimiento luddista, que reapareció en los primeros meses de 1813 en los Midlands y en el verano y el otoño del año 1814 y en 1816. Para ese entonces se calcula que habían sido destruidas unas mil doscientas máquinas.

Conclusiones

¿Cuáles fueron los objetivos de los movimientos luddistas? La respuesta no es fácil. En realidad esos objetivos variaban de un grupo a otro y de un condado a otro condado.

Los tundidores y los tejedores de Lancashire y Cheshire que atacaron los telares a vapor tenían como objetivo principal destruir las máquinas y evitar que se instalaran otras.



Pero los primeros luddistas, los de los Midlands, utilizaban los ataques a las máquinas —ataques que fueron los más importantes— para coaccionar a sus empleadores con el fin de que mejoraran sus salarios o resolvieran otros problemas laborales. Con estos dos objetivos se mezclaron a veces objetivos políticos correspondientes a las luchas que se producían, en ese plano, durante la misma época. Pero sólo en la revuelta luddista que se produce en Manchester en abril de 1812 pueden observarse objetivos claramente políticos. Entonces una multitud de tejedores dispersó una reunión de comerciantes "leales" al ministerio y respaldó las resoluciones antiministeriales de la ciudad de Londres. Era lógico que así fuera pues el gobierno de Perceval era considerado el responsable de la gran depresión y de la decadencia del comercio de exportación.

Los luddistas tuvieron éxitos temporarios. Los comerciantes de Nottingham dejaron de fabricar medias "cortadas", negociaron con sus obreros y aumentaron los salarios. En el condado de York se dejaron de usar las tijeras mecánicas. En el

Oeste en cambio, siguieron utilizándose los telares a vapor, aunque eran muy pocos.

Los luddistas debieron sus éxitos a una organización altamente desarrollada, al empleo de diversas tácticas y, muy especialmente, al apoyo popular. Esto último hacía que fuera muy difícil dar con los cabecillas, que podían ocultarse gracias a ese apoyo del pueblo. Pero no pudieron hacer frente a las milicias y al ejército que en número cada vez mayor salieron a reprimirlos. También se debilitaron por la infiltración en sus filas de espías pagados por el gobierno.

Cuando los cabecillas fueron cayendo uno a uno, cuando fueron colgados una treintena de ellos, desaparecieron los conspirones de caras embetunadas y los asaltos a las máquinas. Los fabricantes se hicieron nuevamente fuertes y se volvieron atrás con respecto a las concesiones que habían hecho a los obreros ante las presiones del movimiento luddista. La depresión económica de los años siguientes hizo lo demás.

El luddismo no provino, como se ha pretendido explicar muchas veces, de una actitud ciega e irracional por parte de los trabajadores menos instruidos. Tampoco fue una tentativa de detener el progreso técnico. Fue, como la huelga moderna, una forma de acción que se llevaba a cabo sólo cuando las negociaciones fracasaban o cuando se las prolongaba innecesariamente.

En el centro y norte de Inglaterra el luddismo tenía una larga tradición: mineros, tejedores, aserradores lo habían practicado desde generaciones atrás.

Tales métodos fueron apropiados durante la época en que las industrias estaban esparcidas por las aldeas y los suburbios de las pequeñas ciudades, es decir, antes que se produjera la concentración fabril urbana. Se presenta en la Inglaterra de la Regencia, cuando se está constituyendo la gran industria.

Resurge en forma débil en 1817. Pero el luddismo llegaba a su fin. En la gran ciudad fabril no tenía cabida. La clase obrera se volcaría entonces hacia el mutualismo y el sindicalismo. ■

A N E X O S

Paine y sus críticas a la monarquía

“Es fácil concebir que una banda de individuos interesados, como los beneficiarios de cargos, los comisionados, los lords de dormitorio, los lords de cocina, los lords caseros y los lords de Dios sabe qué, pueden encontrar tantas razones en favor de la monarquía como las que explican sus cargos pagados a expensas del país; pero si yo pregunto al granjero, al fabricante, al mercader, al comerciante y a todos los que trabajan hasta el simple obrero para qué les sirve la monarquía no pueden responderme. Si yo les pregunto qué es la monarquía creen que es algo parecido a una sinecura.”

(Thomas Paine, Los derechos del hombre, 1791.)

Los primeros planteos laborales vistos por los fabricantes de hilo

“... que una peligrosa asociación existe desde hace algún tiempo entre los obreros de las hilaturas con objeto de imponer un aumento de salarios, evitar que sean empleados obreros que se nieguen a unirse a su asociación y otras actividades ilegales; que frecuentes conspiraciones de este orden han sido realizadas por los obreros y que los patronos han sido obligados a someterse a ellas, y una petición de aumento de salarios ha sido hecha recientemente, que al no ser concedida ha decidido a los hombres a negarse a trabajar.”

(Transcripción del House of Common Journal del 5 de abril de 1799 por Morton y Tue; ver bibliografía.)

La aplicación de la Ley de Asociaciones de 1800

“Joseph Shervin, tejedor de algodón de Stokport, donde el salario era de ocho chelines semanales por catorce horas de trabajo diarias, cita el caso de un patrono de una fábrica cuyos telares eran movidos a vapor que, en 1816, redujo los salarios en tres peniques por telar por el gasto de luz artificial, o que representaba para la mayor parte de los obreros una reducción de seis peniques y para algunos de nueve peniques; el patrono no suprimió la reducción durante el verano y cuando volvió el invierno (1817) quiso imponer una nueva disminución del salario, los obreros -12 mujeres y 11 hombres- se opusieron abandonando el trabajo. Fueron citados ante un magistrado, que los envió al patio a decidir si preferían volver al trabajo o ir a la cárcel; se negaron a volver al trabajo si se les disminuía el salario y fueron condenados a un mes de prisión, las mujeres a Middlewich y los hombres a Chester”.

(Informe transcrito por Morton y Tate; ver bibliografía).

“A las dos, a las tres, a las cuatro de la mañana, niños de nueve o diez años son arrancados de sus sucias camas y obligados a trabajar hasta las diez, once, doce de la noche, por un salario de pura subsistencia”.

Carl Marx

Los luddistas contra los telares a vapor

“En la tarde del viernes, alrededor de las cuatro, un numeroso grupo de revoltosos atacó la fábrica de tejidos perteneciente a los señores Wroe y Duneroft, en West Honghton, a unas trece millas de esta ciudad y, encontrándola desprotegida, pronto se apoderaron de ella. Inmediatamente la incendiaron y todo el edificio con su valiosa maquinaria, tejidos, etc., fue completamente destruido. Los daños ocasionados son inmensos, habiendo costado la fábrica sola 6.000 libras. La razón aducida para justificar este acto horrible es, como en Middleton, el tejido a vapor.

A causa de este espantoso suceso, dos respetables familias han sufrido un daño grave e irreparable y un gran número de pobres han quedado sin empleo. Los revoltosos parecen dirigir su venganza contra toda clase adelantos en las maquinarias. ¡Cuán errados están! ¿Qué habría sido de este país sin tales adelantos? Ninguno de los incendiarios fue detenido y no había un solo soldado en esa parte del país”.

Los luddistas contra la tijeras mecánicas

C. Rudé transcribe el testimonio de un peinero de Golcar realizado durante los ataques luddistas del 1812. He aquí el texto:

“ . . . alrededor de la hora una de la mañana del 27 de febrero Instant mismo y su familia fueron sorprendidos por el disparo de una pistola en su ventana, luego de lo cual vieron a un gran número de personas alrededor de su casa y que inmediatamente después la puerta de su taller fue forzada y él oyó que muchas personas entraban corriendo y un gran ruido de martillos golpeando los telares y tijeras que allí había. . . . Que tan pronto como se fueron este examinador salió a ver lo que habían hecho y descubrió cinco máquinas de esquilar o cardar y alrededor de treinta pares de tijeras hechos pedazos.”

Un llamamiento de los tundidores

En nombre del “General” Ludd los tundidores hicieron el siguiente llamamiento dirigido a sus compañeros, a los tejedores y a toda la opinión pública:

“Generosos compatriotas: Os pedimos toméis las armas para ayudar a los enderezadores de entuertos y para sacudir el yugo detestable de un viejo imbécil, Jorge III, y de su hijo, todavía más idiota, y sus bribones ministros. Los nobles y los tiranos deben todos ser eliminados. Venid, sigamos el noble ejemplo de los valientes ciudadanos de París, que ante 30.000 uniformes rojos de la tiranía derrocaron un tirano...”

(Citado por Morton y Tate; ver bibliografía.)

Lord Byron defiende a los destructores de máquinas

“Durante mi breve estancia, hace muy pocos días, en Nottinghamshire, no pasaban doce sin que se cometiera un acto de violencia. El día de mi partida me comunicaron que en la noche anterior habían sido destruidos -sin que nadie opusiese resistencia ni se hubiesen descubierto los autores, como casi siempre- cuarenta telares (...)

Pero aún reconociendo, como es obligado, que estos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido (...) Los obreros despedidos por la introducción de nuevas máquinas creen en la simpleza de sus corazones, que la existencia y el bienestar de hombres laboriosos tienen más importancia que el enriquecimiento de unos cuarenta individuos (. . .) Se dice que esas gentes son una chusma desesperada, peligrosa e ignorante, y parece pensarse que el único remedio eficaz para aquietar esa furia de innúmeras cabezas es cortar unas cuantas que sobran. Pero ¿es que tenemos plena conciencia de nuestros deberes para con esa chusma? Esa chusma es la que trabaja para vuestros campos y sirve en

vuestras casas, la que tripula vuestra marina y de la que se recluta vuestro ejército; la que os ha puesto en condiciones de desafiar al mundo y la que podrá desafiaros a vosotros si la intransigencia y la desventura la mueven a la desesperación. Permitidme también que ponga de manifiesto la prontitud con que estáis siempre dispuesto a acudir en auxilio de vuestros aliados en la guerra cuando éstos se ven apurados, mientras dentro de vuestro propio país dejáis a los necesitados a la merced del cielo o confiados a la beneficencia pública. Con mucho menos -con la décima parte de lo que regaláis a Portugal- bastaría para hacer superfluos dentro del país los servicios caritativos de las bayonetas y de las horcas.

La miseria de vuestro pueblo es hoy más angustiosa que nunca. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra de la Península Ibérica, que he estado en algunas de las provincias más terriblemente agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el más despiadado despotismo de un gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano.

¿Y cuáles fueron vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece al fin el grandioso específico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún médico de estado desde los tiempos de Dracón hasta nuestros días: la pena de muerte.

Pero ¿es que, aun prescindiendo de la injusticia tangible y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay bastantes penas de muerte en vuestras leyes? ¿No hay ya bastantes cuajarones de sangre en vuestros códigos que todavía queréis derramar más hasta que los cielos griten y clamen en contra vuestra?

¿Son esos los remedios con que queréis curar a un pueblo hambriento y desesperado?”

(“Discurso” pronunciado en la Cámara de los Lores en el mes de febrero de 1812. Traducción de la Cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.)

Inglaterra: Cronología socio-económica

- 1547: Primera contribución para pobres. Medida tomada por la ciudad de Londres al prohibir la mendicidad.
- 1598-1601: Leyes conocidas como Leyes de la reina Isabel. Codificaron medidas aisladas anteriores.
- 1631: Se agregan a las Leyes de Pobres los reglamentos para la provisión de cereales a bajo precio.
- 1651: Se proclama la última ley contra los cercamientos de campos.
- 1660: Aparecen las primeras leyes que autorizan los cercamientos, posibilitando un aumento de la propiedad.
- 1662: Ley de Residencia (Act of Settlement). Daba poder a los jueces, a pedido del encargado de vigilancia de los pobres de cada parroquia, para enviar de vuelta a la suya a los recién llegados. Esta ley es inmediatamente posterior a la guerra civil y a la caída de Cromwell. Rigió durante todo el siglo xviii.
- 1688: La revolución inglesa de 1688 afirmó la victoria obtenida al comenzar los cercamientos, que posibilitó avances en la explotación de los campos. Al mismo tiempo ejemplifica el fracaso de la política de los Tudor de querer dar un título jurídico y claro a los poseedores de las tierras. La revolución agraria avanza.
- 1723: Ley que da facilidad a las parroquias para instalar “casas de trabajo” (workhouses), poner a su frente a empresarios. A partir de este sistema, los pobres prefieren abstenerse de pedir ayuda en el marco de las Leyes de Pobres ya que las “casas de trabajo” se convierten en centros de trabajo forzado.
- 1753-1757: Huelgas espontáneas en diversas regiones de Inglaterra: albañiles y carpinteros en Manchester (1753), ebanistas, etc., y cien mil marineros y obreros del carbón que van a la huelga en 1765.
- 1757: Triunfo inglés en la India. Inglaterra vence en la batalla de Plassey a los franceses, que a partir de allí se ven reducidos a sus posesiones en Indochina. Inglaterra consolida su poderío colonial. La India pasará a ser cada vez más, proveedor de algodón para la nueva industria textil británica.
- 1763-1768: Peticiones obreras al rey Jorge III.
- 1760-1780: Agitación acaudillada por John Wikes.
- 1773-1793: Entre estas fechas hay un equilibrio entre la producción y la demanda. A partir de 1793 comienza un cambio en la relación. Crece la

- demanda y aparece una mayor dependencia para la provisión de alimentos desde el extranjero, especialmente cereales.
- 1782: Leyes de Gilbert (Gilbert Acts), modifican la Ley de Pobres y las “casas de trabajo” fueron cerradas para los hombres aptos para el trabajo. Para estos podía significar un retorno a la servidumbre en el campo, a no ser que huyeran a las ciudades industriales. Aumenta el ejército industrial de reserva.
- 1792: Se crea la London Corresponding Society, que expresa intereses de la burguesía radical, y donde participan obreros.
- 1795: Se adopta el sistema de Speenhaland, por el cual la parroquia debía pagar un subsidio complementario del salario hasta el nivel de subsistencia. Este sistema rige hasta 1834,
- 1799-1800: Leyes de asociaciones (Combination Acts). Proiben toda asociación entre trabajadores.
- 1704: Pitt, primer ministro, suspende el habeas corpus por ocho años con motivo de que la Corresponding Society pedía sufragio universal y parlamentos anuales. Represión y disolución de la Corresponding Society.
- 1797: Pitt permite al Banco de Inglaterra emitir papel moneda sin respaldo. Resultado: altos precios, inflación. Después de 1815 esto se mantiene, pero hay caída de salarios y desocupación.
- 1795-1815: Guerras de Inglaterra contra Napoleón. La derrota de Francia, en 1815, consolida el proceso inglés.
- 1787: El telar mecánico de Cartwright da un golpe a la prosperidad de los tejedores. Trae como consecuencia concentración fabril y aumento de la productividad. Hay desocupación. Su adopción generalizada se demora por dos años como consecuencia de la crisis social.
- 1799: Los hiladores que usaban la *Jenny* en sus casas deben dirigirse a hora a las fábricas, donde se introduce la *Mule*
- 1811-1812: Ola de destrucción de máquinas: tejedores de Nottingham, Leicester, Derby, especialmente.
- 1814-1816: Nueva ola de destrucción de máquinas; termina el movimiento luddista.
- 1815: Leyes de granos (Corn Laws). Se prohíbe la importación de trigo hasta que el precio interno llega a 80 chelines el quarter. Indirectamente es un golpe a la manufactura y un apoyo directo a los terratenientes.
- 1815: Desocupación al terminar las guerras napoleónicas. Las fábricas habían hecho stocks para vender al finalizar la guerra. Y tienen mercados. En Shorkpshire, por ejemplo, cierran 24 hornos sobre 34 y miles de obreros quedan sin trabajo. El precio del hierro baja de 20 a 8

libras. A esto se unen más de 300.000 soldados licenciados, que aparecen en el mercado como fuerza de trabajo.

1816: Carta de William Cobbett a favor de los oprimidos. Se venden 200.000 ejemplares.

1817: Nueva suspensión del habeas corpus.

En este mismo año se produce la Primera Marcha del Hambre desde Manchester a Londres. Es reprimida violentamente.

1819: El 16 de agosto se produce la concentración de St. Peter's Field: 80.000 personas se reúnen para escuchar a Hunt. Represión violenta: veinte muertos y 400 heridos. Hunt es detenido. Se la conoce como Masacre de Peterloo.

En el mes de noviembre el parlamento dicta las "Seis leyes" (Six Acts), que prohíben las reuniones de más de 50 personas.

1832: Se aprueba una reforma electoral que posibilita un mayor acceso de la burguesía manufacturera a la Cámara de Comunes.

1833: Ley de factoría: (Factory Act) que permite el empleo de los niños en las fábricas, pero señalando que sólo se debe emplear a niños de más de 9 años y su horario semanal máximo será de 48 horas. Se legaliza la explotación de niños.

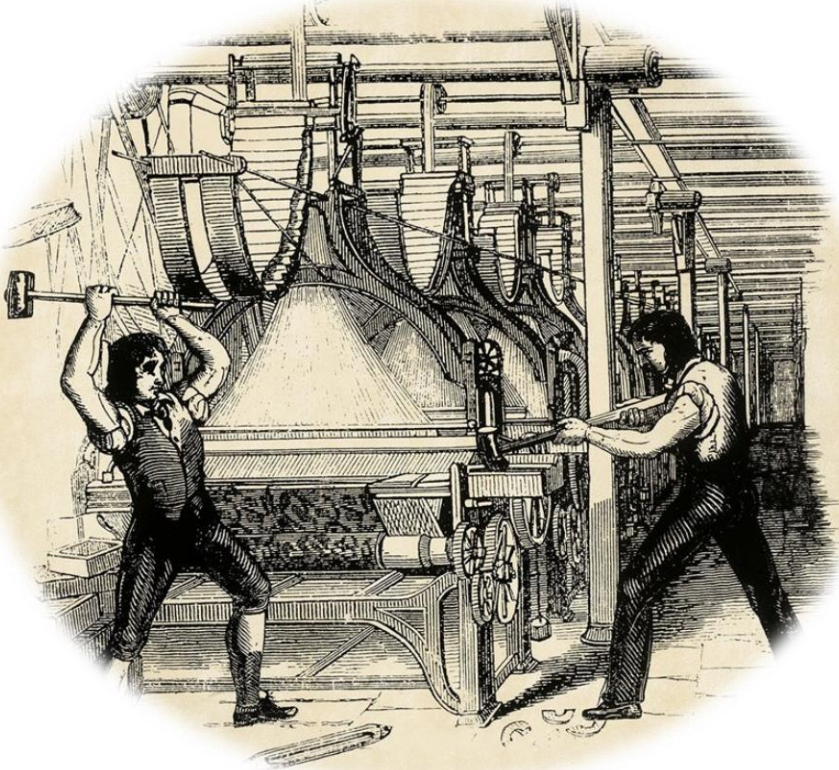
1834: Ley de enmienda a la Ley de Pobres, para poner en claro qué es y cómo funciona en momentos de triunfo del industrialismo. Reorganiza las casas de trabajo y elimina el sistema de subsidio complementario de los salarios (Speenhamand). Después de la guerra ha habido una depresión económica. El peor período para la clase obrera inglesa, en cuanto a sus condiciones de vida, ha sido el de 1815 a 1834 ó quizá unos años más. Las construcciones ferroviarias (el ferrocarril de Stephenson data de 1829) y de barcos (ahora de hierro) ayudan a ocupar mano de obra desocupada.



Christian Ferrer *

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS

“IN MEMORIAM”



* Sociólogo y ensayista, y es profesor de filosofía de la técnica y pensamiento contemporáneo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

El código sangriento

DESDE muy antiguo la horca ha sido un castigo ignominioso. Si se medita sobre su familiaridad estructural con la picota comprendemos por qué está ubicada en el escalón más alto reservado a la denigración de una persona. A ella sólo accedían los bajos estratos sociales delincuentes o refractarios: a quien no plegaba las rodillas se le doblaba la cerviz por la fuerza. Algunos ajusticiados famosos de la época moderna fueron mártires: a Parsons, Spies y a sus compañeros de patíbulo los recordamos tenuemente cada 1º de mayo. Pero pocos recuerdan el nombre de James Towle, quien en 1816 fue el último «destructor de máquinas» a quien se le quebró la nuca. Cayó por el pozo de la horca gritando un himno luddita hasta que sus cuerdas vocales se cerraron en un sólo nudo. Un cortejo fúnebre de tres mil personas entonó el final del himno en su lugar, *a cape/la*. Tres años antes, en catorce cadalsos alineados se habían balanceado otros tantos acusados de practicar el «luddismo», apodo de un nuevo crimen recientemente legalizado. Por aquel tiempo existían decenas de delitos tipificados cuyos autores entraban al reino de los cielos pasando por el ojo de una soga. Por asesinato, por adulterio, por robo, por blasfemia, por disidencia política, muchos eran los actos por los cuales podía perderse el hilo de la vida. En 1830 a un niño de sólo nueve años se le ahorcó por haber robado unas tizas de colores, y así hasta 1870 cuando un decreto humanitario acomodó a todos ellos en solo cuatro categorías. A las duras leyes que a todos contemplaban se la conoció como «*The Bloody Code*». Pero el luddismo se constituyó en un inólito delito capital: desde 1812, maltratar una máquina en Inglaterra costaría el pellejo. En verdad pocos recuerdan a los ludditas, a los «*ludds*», título con el que se reconocían entre

ellos. De vez en cuando, estampas de aquella sublevación popular que se hiciera famosa a causa de la destrucción de máquinas han sido retomadas por tecnócratas neoliberales o por historiadores progresistas y exhibidas como muestra ejemplar del absurdo político: «reivindicaciones reaccionarias», «etapa artesanal de la conciencia laboralista», «revuelta obrera textil empañada por tintes campesinos». En fin, nada que se acerque a la verdad. Unos y otros se han repartido en partes alícuotas la condena del movimiento luddita, rechazo que en el primer caso es interesado y en el segundo fruto de la ignorancia y el prejuicio. La imagen que a diestra y siniestra se cuenta de los ludditas es la de una tumultuosa horda simiesca de seudo campesinos iracundos que golpean y aplastan las flores de hierro donde libaban las abejas del progreso. En suma: el cartel rutero que señala el linde de la última rebelión medieval. Allá, una paleontología; aquí un bestiario.

Ned Ludd, fantasma

Todo comenzó un 12 de abril de 1811. Durante la noche, trescientos cincuenta hombres, mujeres y niños arremetieron contra una fábrica de hilados de Nottinghamshire destruyendo los grandes telares a golpes de maza y prendiendo fuego a las instalaciones. Lo que allí ocurrió pronto sería folclore popular. La fábrica pertenecía a William Cartwright, fabricante de hilados de mala calidad pero pertrechado de nueva maquinaria. La fábrica, en sí misma, era por aquellos años un hongo nuevo en el paisaje: lo habitual era el trabajo cumplido en pequeños talleres. Otros setenta telares fueron destrozados esa misma noche en otros pueblos de las cercanías. El incendio y el haz de mazas se desplazó luego hacia los

condados vecinos de Derby, Lancashire y York, corazón de la Inglaterra de principios del siglo XIX y centro de gravedad de la Revolución Industrial. El reguero que había partido del pueblo de Arnold se expandió sin control por el centro de Inglaterra durante dos años perseguido por un ejército de diez mil soldados al mando del General Thomas Maitland. ¿Diez mil soldados? Wellington mandaba sobre bastantes menos cuando inició



sus movimientos contra Napoleón desde Portugal. ¿Más que contra Francia? Tiene sentido: Francia estaba en el aire de las inmediaciones y de las intimidaciones; pero no era la Francia Napoleónica el fantasma que recorría la corte inglesa, sino la Asamblearia. Sólo un cuarto de siglo había corrido desde el Año I de la Revolución.

Diez mil. El número es índice de lo muy difícil que fue acabar con los ludditas. Quizás porque los miembros del movimiento se confundían con la comunidad. En un doble sentido: contaban con el apoyo de la población, *eran* la población. Maitland y sus soldados buscaron desesperadamente a Ned Ludd, su líder. Pero no lo encontraron. Jamás *podrían* haberlo encontrado, porque Ned Ludd nunca existió: fue un nombre propio pergeñado por los pobladores para despistar a Maitland.

Otros líderes que firmaron cartas burlonas, amenazantes o peticiones se apellidaban "*Mr. Fistol*", "*Lady Ludd*", "*Peter Plush*" (*felpa*), "*General Justice*", "*No King*", "*King Ludd*" y "*Joe Firebrand*" (el incendiario).

Algún remitente aclaraba que el sello de correos había sido estampado en los cercanos "Bosques de Sherwood". Una mitología incipiente se superponía a otra más antigua. Los hombres de Maitland se vieron obligados a recurrir a espías, agentes provocadores e infiltrados, que hasta entonces constituían un recurso poco esencial de la logística utilizada en casos de guerra exterior. He aquí una reorganización temprana de la fuerza policial, a la cual ahora llamamos «inteligencia».

Si a los acontecimientos que lograron tener en vilo al país y al Parlamento se los devoró el incinerador de la historia, es justamente porque el objetivo de los ludditas no era político sino social y moral: no querían el poder sino poder desviar la dinámica de la industrialización acelerada. Una ambición imposible. Apenas quedaron testimonios: algunas canciones, actas de juicios, informes de autoridades militares o de espías, noticias periodísticas, 100.000 de pérdidas, una sesión del Parlamento dedicada a ellos, poco más. Y los hechos: dos años de lucha social violenta, mil cien máquinas destruidas, un ejército enviado a «pacificar» las regiones sublevadas, cinco o seis fábricas quemadas, quince ludditas muertos, trece confinados en Australia, otros catorce ahorcados ante las murallas del Castillo de York, y algunos coletazos finales.

¿Por qué sabemos tan poco sobre las intenciones ludditas y sobre su organización? La propia fantasmagoría de Ned Ludd lo explica: aquella fue una sublevación sin líderes, sin organización centralizada, sin libros capitales y con un objetivo quimérico: discutir de igual a igual con los nuevos industriales. Pero ninguna sublevación «espontánea», ninguna huelga

«salvaje», ningún «estallido» de violencia popular salta de un repollo. Lleva años de incubación, generaciones transmitiéndose una herencia de maltrato, poblaciones enteras macedando saberes de resistencia: a veces, siglos enteros se vierten en un sólo día. La espoleta, generalmente, la saca el adversario. Hacia 1810, el alza de precios, la pérdida de mercados a causa de la guerra y un complot de los nuevos industriales y de los distribuidores de productos textiles de Londres para que éstos no compren mercadería a los talleres de las pequeñas aldeas textiles encendió la mecha. Por otra parte, las reuniones políticas y la libertad de letra impresa habían sido prohibidas con la excusa de la guerra contra Napoleón y la ley prohibía emigrar a los tejedores, aunque se estuvieran muriendo de hambre: Inglaterra no debía entregar su *expertise* al mundo.



Los ludditas inventaron una logística de urgencia. Ella abarcaba un sistema de delegados y de correos humanos que recorrían los cuatro condados, juramentos secretos de lealtad, técnicas de camuflaje, centinelas, organizadores de robo de armas en el campamento enemigo, pintadas en las paredes. Y además descollaron en el viejo arte de componer canciones de guerra, a los cuales llamaban

himnos. En uno de los pocos que han sido recopilados puede aún escucharse:

*"Ella tiene un brazo
Y aunque sólo tiene uno
Hay magia en ese brazo único
Que crucifica a millones
Destruyamos al Rey Vapor
el Salvaje Moloch".*

y en otra:

*"Noche tras noche, cuando todo está quieto
Y la luna ya ha cruzado la colina
Marchamos a hacer nuestra voluntad
¡Con hacha, pica y fusil!".*

Las mazas que utilizaban los ludditas provenían de la fábrica Enoch. Por eso cantaban:

*"La Gran Enoch irá al frente
Deténgala quien se atreva,
deténgala quien pueda
Adelante los hombres gallardos /
¡Con hacha, pica y fusil!".*

La imagen de la maza trascenderá la breve epopeya luddita. En la iconología anarquista de principios de siglo, héroes sindicalizados suelen estar a punto de aplastar con una gran maza, no ya máquinas, sino el sistema fabril entero. Todos estos blues de la técnica no deben hacer perder de vista que las autoridades no sólo querían aplastar la sublevación popular,

también buscaban impedir la organización de sectas obreras, en una época en la cual solamente los industriales estaban unidos. Carbonarios, conjurados, la Mano Negra de Cádiz, sindicalistas revolucionarios: en el siglo pasado la horca fue la horma para muchas intentonas sediciosas.



«Fair Play»

Ya nadie recuerda lo que significaron en otro tiempo las palabras «precio justo» o «renta decorosa». Entonces, como ahora, una estrategia de recambio y aceleración tecnológicas y de realineamiento forzado de las poblaciones retorcía los paisajes. Roma se construyó en siete siglos, Manchester y Liverpool en sólo veinte años. Más adelante, en Asia y África se implantarían enclaves en sólo dos semanas. Nadie estaba preparado para un cambio de escala semejante. La mano invisible del mercado es tactilidad distinta del trato pactado en mercados visibles y a la mano.

El ingreso inconsulto" de nueva maquinaria, la evicción semiobligada de las aldeas y su concentración en nuevas ciudades fabriles, la extensión del principio del lucro indiscriminado y el violento descentramiento de las costumbres fueron

caldo de cultivo de la rebelión. Pero el lugar común no existió: los ludditas no renegaban de *toda* la tecnología, sino de aquella que representaba un daño moral al común; y su violencia estuvo dirigida no contra las máquinas *en sí mismas* (obvio; no rompían *sus* propias y bastante complejas maquinarias) sino contra los símbolos de la nueva economía política triunfante (concentración en fábricas urbanas, maquinaria imposible de adquirir y administrar por las comunidades), Y de todos modos, ni siquiera inventaron la técnica que los hizo famosos: destruir máquinas y atacar la casa del patrón eran tácticas habituales para forzar un aumento de salarios desde hacía cien años al menos. Muy pronto se sabrá que los nuevos engranajes podían ser aferrados por trabajadores cuyas manos eran inexpertas y sus bolsillos estaban vacíos. La violencia fue contra las máquinas, pero la sangre corrió primero por cuenta de los fabricantes. En verdad, lo que alarmó de la actividad luddita fue *su nueva modalidad simbólica de la violencia*. De modo que una consecuencia inevitable de la rebelión fue un mayor ensamblaje entre grandes industriales y administración estatal: es un pacto que ya no se quebrantará.

Los ludditas aún nos hacen preguntas:

¿Hay límites? ¿Es posible oponerse a la introducción de maquinaria o de procesos laborales cuando estos son dañinos para la comunidad? ¿Importan las consecuencias sociales de la violencia técnica? ¿Existe un espacio de audición para las opiniones comunitarias? ¿Se pueden discutir las nuevas tecnologías de la «globalización» sobre supuestos morales y no solamente sobre consideraciones estadísticas y planificadoras? ¿La novedad y la velocidad operacional son valores?

A nadie escapará la actualidad de los temas. Están entre nosotros. El luddismo percibió agudamente el inicio de la era de la técnica, por eso plantearon el «tema de la maquinaria», que

es menos una cuestión técnica que política y moral. Entonces, los fabricantes y los *squires* terratenientes acusaban a los luditas del crimen de jacobinismo, hoy los tecnócratas acusan a los críticos del sistema fabril de nostálgicos. Pero los *Ludas* sabían que no se estaban enfrentando solamente a codiciosos fabricantes de tejidos sino a la violencia técnica de la fábrica. Futuro anterior: pensaron la modernidad tecnológica por adelantado.

Epílogos

El 27 de febrero de 1812 fue un día memorable para la historia del capitalismo, pero también para la crónica de las batallas perdidas. Los pobres violentos son tema parlamentario: habitualmente el temario los contempla únicamente cuando se refrendan y limitan conquistas ya conseguidas de hecho, o cuando se liman algunas aristas excesivas de duros paquetes presupuestarios, pero aún más rutinariamente cuando se debaten medidas ejemplares.

Ese día Lord Byron ingresa al Parlamento por primera y última vez. Desde Guy Fawkes, quien se empeñó en volarlo por los aires, nadie se había atrevido a ingresar en la Cámara de los Lores con la intención de contradecirles. Durante la sesión, presidida por el Primer Ministro Perceval, se discute la pertinencia del agregado de un inciso fallante de la pena capital, a la cual se conocerá como «*Framebreaking bilhr*». la pena de muerte por romper una máquina. Es *Loras vs. Ludds*: cien contra uno. Por aquel entonces Byron trabajaba intensamente en su poema *Childe Harold*, pero se hizo de un tiempo para visitar las zonas sediciosas a fin de tener una idea propia de la situación. Ya el proyecto de ley había sido aprobado en la

Cámara de los Comunes. El futuro primer ministro William Lamb (Guillermo Oveja) votó a favor no sin aconsejar al resto de sus pares hacer lo mismo pues *«el miedo a la muerte tiene una influencia poderosa sobre la mente humana»*.



Lord Byron intenta una defensa admirable pero inútil. En un pasaje de su discurso, al tiempo que trata a los soldados como un ejército de ocupación expone el rechazo que había generado entre la población:

«¡Marchas y contramarchas! ¡De Nottingham a Bulwell, de Bulwell a Banford, de Banford a Mansfield! Y cuando al fin los destacamentos llegaban a destino, con todo el orgullo, la pompa y la circunstancia propia de una guerra gloriosa, lo hacían a tiempo sólo para ser espectadores de lo que había sido hecho, para dar fe de la fuga de los responsables, para recoger fragmentos de máquinas rotas y para volver a sus campamentos ante la mofa hecha por las viejas y el abucheo de los niños».

Y agrega una súplica:

«¿Es que no hay ya suficiente sangre en vuestro código legal de modo que sea preciso derramar aún más para que ascienda al cielo y testifique contra ustedes? ¿Y cómo se hará cumplir esta ley? ¿Se colocará una horca en cada pueblo y de cada hombre se hará un espantapájaros?».

Pero nadie lo apoya. Byron se decide a publicar en un periódico un peligroso poema en cuyos últimos versos se leía:

*«Algunos vecinos pensaron, sin duda, que era chocante,
Cuando el hambre clama y la pobreza gime,
Que la vida sea valuada menos aún que una mercancía
Y la rotura de un armazón (frame) conduzca a quebrar los
huesos.*

*Si así demostrara ser, espero, por esa señal
(Y quien rehusaría participar de esta esperanza)
Que los esqueletos (frames) de los tontos sean los primeros
en ser rotos.
Quienes, cuando se les pregunta por un remedio, recomiendan una sosa».*

Quizás Lord Byron sintió simpatía por los ludditas o quizás, -dandy al fin y al cabo- detestaba la codicia de los comerciantes, pero seguramente no llegó a darse cuenta de que la nueva ley representaba, en verdad, el parto simbólico del capitalismo. El resto de su vida vivirá en el Continente. Un poco antes de abandonar Inglaterra publica un verso ocasional en cuyo colofón se leía

«Down with all íhe kings but King Ludd».

En enero de 1813 se cuelga a George Mellor, uno de los pocos capitanes ludditas que fueron agarrados, y unos pocos meses después es el turno de otros catorce que habían atacado la propiedad de Joseph Ratcliff, un poderoso industrial. No había antecedentes en Inglaterra de que tantos hubieran sido hospedados por la horca en un sólo día. También este númeroes un índice.

El gobierno había ofrecido recompensas suculentas en sus pueblos de origen a cambio de información incriminatoria,

pero todos los aldeanos que se presentaron a por la retribución dieron información falsa y usaron el dinero para pagar la defensa de los acusados. No obstante, la posibilidad de un juicio justo estaba fuera de cuestión, a pesar de las endeble pruebas en su contra. Los catorce ajusticiados frente a los muros de York se encaminaron hacia su hora suprema entonando un himno religioso (*Behold the Savior of Mankind*). La mayoría eran metodistas. En cuanto la rebelión se extendió por los cuatro costados de la región textil también se complicó el mosaico de implicados: demócratas seguidores de Tom Paine (llamados «painistas»), religiosos radicales, algunos de los cuales heredaban el espíritu de las sectas exaltadas del siglo anterior -*levellers, ranters, souihscotiäans, etc.*-, incipientes organizadores de *Trade Unions* (entre los ludditas apresados no sólo había tejedores sino todo tipo de oficios), emigrantes irlandeses jacobinos. Siempre ocurre: el internacionalismo es viejo y en épocas antiguas se lo conoció bajo el alias de espar-taquismo.

Todos los días las ciudades dan de baja a miles y miles de nombres, todos los días se descoyuntan en la memoria las sílabas de incontables apellidos del pasado humano. Sus historias son sacrificadas en oscuros cenotes. Nedd Ludd, Lord Byron, Cartwright, Perceval, Mellor, Maitland, Ogden, Hoyle, ningún nombre debe perderse.

El General Maitland fue bien recompensado por sus servicios: se le concedió el título nobiliario de Baronet y fue nombrado Gobernador de Malta y después Comandante en Jefe del Mar Mediterráneo y después Alto Comisionado para las Islas Jónicas. Antes de irse del todo, aún tuvo tiempo de aplastar una revolución en Cefalonia. Perceval, el Primer Ministro, fue asesinado por un alienado incluso antes de que colgaran al último luddita. William Cartwright continuó con su lucrativa industria y prosperó, y el modelo fabril hizo metástasis. Uno de sus

hijos se suicidó nada menos que en medio del Palacio de Cristal durante la Exposición Mundial de productos industriales de 1851, pero el tronar de la sala de máquinas en movimiento amortiguó el ruido del disparo. Cuando algunos años después de los acontecimientos murió un espía local -un judas que se había quedado en las inmediaciones, su tumba fue profanada y el cuerpo exhumado vendido a estudiantes de medicina. Algunos ludditas fueron vistos veinte años más tarde cuando se fundaron en Londres las primeras organizaciones de la clase obrera. Otros que habían sido confinados en tierras raras dejaron alguna huella en Australia y la Polinesia. Itinerarios semejantes pueden ser rastreados después de la Comuna de París y de la Revolución Española. Pero la mayoría de los pobladores de aquellos cuatro condados parecen haber hecho *un pacto de anonimato*, refrendación de aquellas omertá anterior llamada "*Ned Ludd*". Y en los valles nadie volvió a hablar de su participación

Protection
FOR THE
INDUSTRIOUS
Weavers.

INFORMATION having been received that a great number of industrious Weavers have been deterred by threats and acts of violence from the pursuit of their lawful occupations, and that in many instances their Shuttles have been taken, and their Materials damaged by persons acting under the existing Combinations :

Notice is hereby Given,
That every Protection will be afforded to persons so injured, upon giving Information to the Constables of Stockport : And a Reward of

FIFTY GUINEAS

Will be paid, on conviction, to the person who will come forward with such evidence as may be the means of convicting any one or more of the offences mentioned in the Act of Parliament, of which an Extract is subjoined : And a Reward of

TWENTY GUINEAS

Will be paid, on conviction, to the person who will come forward and inform of any person being guilty of assaulting or molesting industrious and honest Weavers, so as to prevent them from taking out or bringing in their Work peaceably.

PETER BROWN, }
T. CARTWRIGHT, } CONSTABLES.

Stockport, June 17th, 1808.

By the 22nd, Geo. 3, C. 40, S. 3.

It is enacted, " That if any person enter, by force, into any House or Shop, with intent to Cut and Destroy any Lincen or Cotton, or Lincen and Cotton mixed with any other Materials, in the Loom, or any Warp or Shuttle, Tools, Tackle, and Utensils, or shall Cut or Destroy the same, or shall Break and Destroy any Tools, Tackle, or Utensils, for Weaving, Preparing, or Making any such Manufactures, every such Offender shall be guilty of FELONY, without Benefit of Clergy".

en la rebelión. La lección había sido dura y la ley de la tecnología lo era más aún. Quizás de vez en cuando, en alguna taberna, alguna palabra, alguna canción; hilachas que nadie registró. Fueron un aborto de la historia. Nadie aprecia ese tipo de despojos.

Voces

¿Por qué demorarse en la historia de Ned Ludd y de los destructores de máquinas? Sus actos furiosos sobreviven tenuemente en brevísimas notas al pie de página del gran libro autobiográfico de la humanidad y la consistencia de su historia es anónima, muy frágil y casi absurda, lo que a veces promueve la curiosidad pero las más de las veces el desinterés por lo que no amerita dinastía. No es éste un siglo para detenerse: el burgués del siglo pasado podía darse el lujo de recrearse lentamente con un folletín, pero las audiencias de este siglo apenas disponen de un par de horas para hojear la programación televisiva.

Vivimos en la época de la taquicardia, como sarcásticamente la definió Martínez Estrada. Remontar el curso de la historia a contracorriente a fin de reposar en el ojo de sus huracanes es tarea que sólo un Orfeo puede arrostrar. El se abrió paso al mundo de los muertos con melodías que destrabaron cerrojos perfectos. Nosotros solamente podemos guiarnos por los fogonazos espectrales que estallan en viejos libros. soplos agónicos entre harapos lingüísticos. Cualquier otro rastro ya se ha disuelto en los elementos. Pero si los elementos fueran capaces de articular un lenguaje, entonces podrían devolvernos la memoria guardada de todo aquello que ha circulado por su

«cuerpo» (por ejemplo, todos los remos que hendieron al agua en todos los tiempos, o todas las herraduras que pisaron la tierra, y así).

A su turno, el aire devolvería la totalidad de las voces que han sido lanzadas por las bocas de todos los humanos que han existido desde el comienzo de los tiempos. En verdad, millones son las palabras dichas en cada minuto. Pero ninguna se habría perdido, ni siquiera las de los mudos. Todas ellas habrían quedado registradas en la transparencia atmosférica, cuya relación con la audibilidad humana aún está por investigarse: sería algo así como cuando los dedos de los niños garabatean raudos graffittis o nerviosos corazones en vidrios empañados por el propio aliento. Si se pudiera traducir ese archivo oral a nuestro lenguaje, entonces todas las cosas dichas volverían en un sólo instante componiendo la voz de una runa mayor o la memoria total de la historia. En el viento se han sembrado voces que son conducidas de época en época; y cualquier oído puede cosechar lo que en otros tiempos fue tempestad. El viento es tan buen conductor de las memorias porque lo dicho fue tan necesario como involuntario, o bien porque a veces nos sentimos más cerca de los muertos que de los vivos. De tantas cosas dichas, yo no puedo ni quiero dejar de escuchar lo que Ben, un viejo luddita, les dijo a unos historiadores locales del Condado de Derby cincuenta años después de los sucesos:

«Me amarga tanto que los vecinos de hoy en día malinterpreten las cosas que hicimos nosotros, los ludditas».

¿Pero cómo podía alguien, entonces, en plena euforia por el progreso, prestar oídos a las verdades ludditas? No había, y no hay aún, audición posible para las profecías de los derrotados. La queja de Ben constituyó la última palabra del movimiento luddita, a su vez eco apagado del quejido de quienes fueron ahorcados en 1813. Y quizás yo haya escrito todo esto

con el único fin de escuchar mejor a Ben. Me aferró y tiro de su hilillo de voz como lo haría cualquier semejante que recorriera este laberinto.





¿QUIEN MATÓ A NED LUDD? *

*John y Paula Zerzan ***

En Inglaterra, primera nación industrial, la primera y más importante empresa del capital, que iniciaba sus pasos en el ramo del textil, surgió el movimiento revolucionario extendido ampliamente entre 1810 y 1820 y conocido bajo el

* Fuente: ETCÉTERA www.sindominio.net/etcetera

** John Zerzan (1943) es un filósofo y autor anarcoindividualista y primitivista estadounidense. Sus trabajos critican la civilización como inherentemente opresiva, y defienden la vuelta a las formas de vida del cazador-recolector prehistórico como inspiración para la forma que debería tener una sociedad libre.

nombre de *luddismo*. La lucha contra el levantamiento de los ludditas —y su derrota— fue de gran importancia para la evolución ulterior de la sociedad moderna. La destrucción de las máquinas, arma esencial, anuncia —desde luego certeramente— estos sucesos a lo largo de todo el siglo XIX. Por supuesto, este levantamiento no fue exclusivo de los obreros del textil ni de Inglaterra. Los obreros agrícolas, los mineros, los molineros y muchos otros coincidieron en la destrucción de las máquinas, a menudo en contra de lo que se suele denominar sus propios «intereses económicos». De la misma manera, como recuerda Fulop Miller, los obreros de Eurpen y Aix la Chapelle destruyeron las importantes fábricas de Cockerill, los tejedores de Schmollen y Crimmitschau arrasaron las fábricas de estas ciudades y muchos otros hicieron lo mismo en los comienzos de la revolución industrial.

Ahora bien, fueron los obreros ingleses del ramo textil calce-teros, tejedores, hilanderos y demás, quienes iniciaron un movimiento tal que, como Thompson escribe, «la simple violencia revolucionaria rara vez ha estado tan extendida en la historia inglesa», afirmación que seguramente está por debajo de la realidad. Generalmente este levantamiento ha sido caracterizado como ciego, desorganizado, reaccionario, limitado e ineficaz, pero la rebelión espontánea durante un tiempo contra el nuevo orden económico tuvo mucho éxito y fines revolucionarios.

El *Times* del 2 de febrero de 1812 describe «la aparición de una guerra abierta» en Inglaterra más encarnizada en las zonas más desarrolladas y particularmente en el centro y norte. El comandante Wood escribe el 17 de junio de 1812 a Fitzwilliam, miembro del gobierno, que «salvo lugares determinados que están ocupados por soldados, el país está prácticamente en manos de los rebeldes». Los ludditas fueron verdaderamente irresistibles en varias etapas de la segunda década

del siglo y desarrollaron una conciencia propia y una moral elevada. Como escriben Cole y Postgate, «la verdad es que no se podía detener a los ludditas; las tropas corrían en todas direcciones, impotentes, ridiculizadas por el silencio y la confabulación de los trabajadores».

Un examen posterior de partes de prensa, cartas y octavillas demuestra que la insurrección estaba claramente orientada; por ejemplo, «todos los nobles y los tiranos deben ser derrocados», declara una octavilla distribuida en Leeds. Los preparativos para una revolución general explícita eran evidentes, por ejemplo en Yorkshire y Lancashire, ya en 1812.

Se destruyeron enormes cantidades de bienes, entre los que se contaban numerosísimos telares para hacer medias que habían sido readaptados para una producción de calidad inferior. De hecho, el movimiento extrajo su nombre del joven Ned Ludd, que, antes de producir las chapuzas que se le solicitaban, destrozó el telar a martillazos. Controlar los instrumentos de producción o destruirlos; esta idea exaltaba la imaginación popular y proporcionaba a los ludditas un apoyo unánime. Hobsbawn afirma que «los que destrozaban las máquinas encontraban una simpatía desbordante en todas las capas de la población», lo que para Churchill, en 1813, suponía «la inexistencia total de medios para mantener el orden público». Los obreros que destrozaban telares llevaron a cabo una ofensiva importante en 1812 y hubo que oponerles efectivos cada vez más numerosos, que llegaron a sobrepasar en número a las tropas que Wellington tuvo a sus órdenes contra Napoleón. Mas el ejército no sólo era débil por ser disperso, sino que además no era seguro, pues se sospechaba que simpatizaba con el enemigo a causa de la presencia de muchos ludditas enrolados en sus filas. Además, apenas se podía contar con los magistrados y los policías locales, y el empleo sistemático de espías era ineficaz frente a la clara solidaridad del

pueblo. Como era de suponer, la milicia voluntaria regida por el *Watch and Ward Act* (Ley de Guarda y Tutela) sólo servía para «armar a los que eran más violentos en su desacuerdo» (según Hammonds), de modo que bajo el gobierno de Peel hubo de instituirse el sistema moderno de policía profesional.



Intervenciones de esta naturaleza apenas podían bastar teniendo en cuenta el camino seguido por el ludismo, que a cada acontecimiento parecía más revolucionario. Cole y Postgate, por ejemplo, describieron a

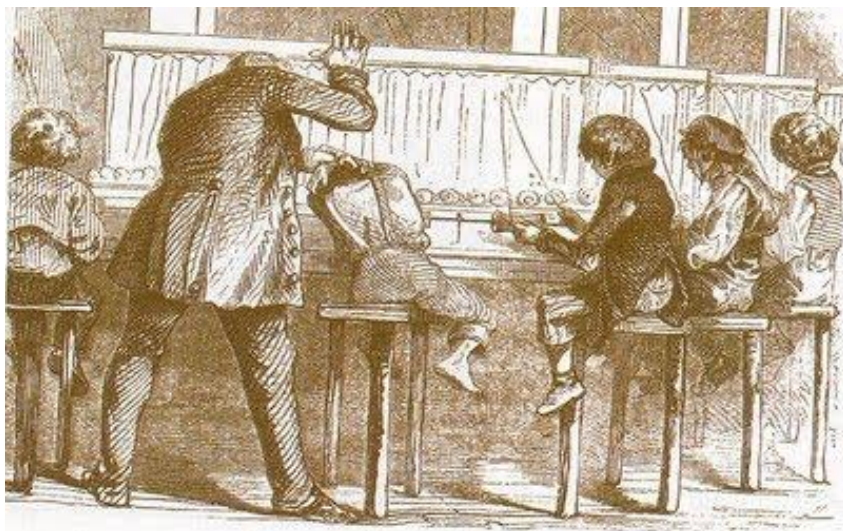
los ludditas posteriores a 1815 como más radicales que sus predecesores y llegaron a la conclusión de que «se ponían en contra del sistema de fábricas en general». Thompson observa también que incluso en 1819 todavía parecía abierta la vía a una insurrección general victoriosa.

Contra lo que Mathias llamaba «la tentativa de destruir la nueva sociedad», hacia falta un arma mucho más cercana al punto de producción y especialmente la búsqueda de una aceptación del orden fundamental a través del sindicalismo. Aunque esté claro que la ascensión del sindicalismo fue consecuencia tanto del ludismo como de la creación de una policía moderna, debemos también comprender que antes de las sublevaciones ludditas había existido entre los obreros textiles y otros una tradición, por mucho tiempo tolerada, de sindicalismo. De ahí, como Morton y Tate señalan casi en solitario, que la destrucción de las máquinas en este período no

pueda considerarse como la explosión desesperanzada de los obreros faltos de otra salida. A pesar de las *Combinations Acts*, que fueron una prohibición reforzada de los sindicatos entre 1799 y 1824, el luddismo no se movió en el vacío, sino que durante cierto tiempo se opuso eficazmente al rechazo de un aparato sindical extensivo que buscaba un compromiso con el capital. De hecho, la elección entre ambos era posible y los sindicatos fueron dejados de lado en provecho de una organización directa de los trabajadores que servía a sus fines radicales.

Durante el período en cuestión, está perfectamente claro que se consideraba al sindicalismo como fundamentalmente distinto del luddismo y, precisamente por ello, era estimulado con la esperanza de que absorbiera la autonomía de los ludditas. Contrariamente a las disposiciones de las *Combinations Acts*, en ocasiones los sindicatos eran considerados legales por los tribunales y cuando los sindicalistas eran perseguidos sólo recibían castigos ligeros o no los recibían, mientras que los ludditas habitualmente eran ahorcados. Algunos miembros del Parlamento acusaban abiertamente a los propietarios del desbarajuste social de no utilizar plenamente la vía sindical para resolverlo. Esto no quiere decir que los objetivos de los sindicatos y su control fueran tan claros y bien definidos como hoy, pero la indispensable función de los sindicatos frente al capital se clarificaba, iluminada por la crisis existente y por la necesidad que se experimentaba de tener aliados para la pacificación de los trabajadores. Los diputados de los condados de las Midlands presionaban a Gravenor Henson, líder del sindicato de la corporación de tejedores, para que combatiera el luddismo, como si tal cosa fuera necesaria. Su método de estímulo de la represión era, naturalmente, su infatigable propaganda en pro de la fuerza del sindicato. El comité sindical de la corporación de tejedores, según el estudio de Church

sobre Nottingham, «daba a los trabajadores instrucciones precisas de no estropear los telares». Y el sindicato de Nottingham, la principal fuerza del sindicato general industrial, se oponía también al luddismo y no empleó nunca la violencia.



Si bien los sindicatos apenas fueron aliados de los ludditas, puede decirse que fueron el estadio siguiente al luddismo en el sentido de que el sindicalismo tuvo una participación esencial en su derrota por medio de las divisiones, la confusión y el agotamiento de energías que produjeron los sindicatos. El sindicalismo «reemplazó» al luddismo del mismo modo que salvó a los empresarios de los insultos de los niños en plena calle y del poder directo de los productores. El reconocimiento pleno de los sindicatos por la anulación en 1824 y 1825 de las *Combinations Acts* «tuvo un efecto moderado sobre el descontento popular», en palabras de Darvall. La campaña en pro de su anulación, llevada a cabo por Place y Hume, triunfó

fácilmente en el Parlamento, sin modificar y con el testimonio favorable tanto de patronos como de sindicalistas, con sólo la oposición de un puñado de reaccionarios. De hecho, mientras entre los argumentos conservadores de Place y Hume figuraba la predicción de un número menor de huelgas después de la anulación, muchos patronos comprendían el papel catártico y pacificador de las huelgas y apenas se conmovieron ante la ola de huelgas que siguió a la anulación. El decreto de anulación relegaba al sindicalismo, por supuesto, a sus tradicionales tareas marginales referidas a los salarios y el tiempo de trabajo. Una legalidad de la cual deriva la presencia universal de cláusulas sobre los «derechos de dirección» en los convenios colectivos laborales de hoy.

La campaña de mitad de la década de 1830 contra los sindicatos llevada a cabo por algunos patronos sólo subrayó, a su manera, el papel central de los sindicatos: esta campaña era posible por que los sindicatos habían conseguido romper el radicalismo de los obreros del período anterior, que recurrían a la acción directa. Lecky tenía, pues, toda la razón al decir un poco más tarde «que no cabía la menor duda de que los sindicatos más grandes, más ricos y mejor organizados habían hecho mucho en favor de la disminución de conflictos de trabajo»; del mismo modo, los Webbs reconocieron que en el siglo XIX hubo muchas más revueltas laborales mientras el sindicalismo no constituyó una regla.

Pero volviendo a los ludditas, no encontramos al respecto más que unos cuantos relatos en primera persona y una tradición prácticamente secreta, principalmente por que se proyectaron a sí mismos en sus actos y no en una ideología. Pero ¿esto es todo?. Stearns, quizá el comentarista más cercano a los hechos, escribió: «los ludditas desarrollaron una doctrina basada en las supuestas virtudes de los métodos manuales». Casi les llama con condescendencia «los miserables

retrasados», y hay seguramente algo de verdad en esta afirmación. El ataque de los ludditas no estaba ocasionado por la introducción de máquinas nuevas, como suele creerse, puesto que no hay ninguna evidencia de ello en 1811 y 1812, cuando el luddismo comenzó a actuar. La destrucción se practicaba sobre todo contra los nuevos métodos de producción chapucera, dictados para hacer funcionar las nuevas máquinas. No era un ataque contra la producción sobre bases económicas, sino que era ante todo la respuesta violenta de los obreros textiles (pronto secundados por otros) a las tentativas de degradación en forma de un trabajo inferior: baratijas, piezas montadas de prisa y corriendo, eran por lo general las causas principales.

Las ofensivas ludditas generalmente correspondieron a períodos de depresión económica; el motivo es que los patronos aprovecharon en ocasiones tales períodos para introducir nuevos métodos de producción. Pero también es cierto que no todos los períodos de pobreza engendraron luddismo, pues este aparecía en zonas no especialmente empobrecidas. Leicestershire, por ejemplo, fue el peor punto en los malos momentos y era una zona productora de manufacturas laneras de la mejor calidad; Leicestershire fue un poderoso núcleo luddita.

Preguntarse qué podía tener de radical un movimiento que al parecer «se limitaba» a pedir el abandono de las labores fraudulentas es no captar la íntima verdad de un supuesto acertado, que ambas partes asumieron entonces: la relación entre la destrucción de maquinaria y la sedición. Como si la lucha del productor por la integridad de su trabajo vital pudiera llevarse a cabo sin poner en tela de juicio el capitalismo entero. La petición del abandono de labores fraudulentas supone necesariamente un desastre y, en la medida en que se exija, una batalla de derrota total o victoria total. Lo cual afecta

directamente al núcleo de las relaciones capitalistas y a su dinámica.

Otro aspecto del fenómeno luddita generalmente considerado con condescendencia a base de ignorarlo por completo, es el aspecto organizativo. Los ludditas, como ya sabemos, golpeaban salvaje y ciegamente, mientras que sólo los sindicatos proporcionaban formas de organización a los trabajadores. Pero, de hecho, los ludditas se organizaron local e incluso federalmente agrupando a los obreros de todos los ramos con una coordinación sorprendente. Evitando cualquier estructura alienante, su organización, sabiamente, no era formal ni permanente. Su tradición de revuelta carecía de núcleo y prevaleció durante largo tiempo a modo de «código no escrito»; la suya era una comunidad no manipulable, una organización que se sustentaba en sí misma. Todo lo cual, desde luego, resultó esencial para la aparición del luddismo y para su enraizamiento. En la práctica, «ningún nivel de actividad de los magistrados ni la ampliación de los contingentes militares extirpó el luddismo. Todos sus ataques revelaban un plan y un método», constata Thompson, que da crédito también a su «altiva seguridad y a sus comunicaciones».

Un oficial de la armada comprendió en Yorkshire que estaban en posesión de «un nivel extraordinario de acuerdo y de organización». William Cobbett comentaba en 1812, en relación con un informe al gobierno: «Y tal es la circunstancia que más ha de inquietar al gobierno. No se pueden encontrar agitadores. Es un movimiento del pueblo mismo».

No obstante, y a pesar de las afirmaciones de Cobbett, los líderes ludditas colaboraron con las autoridades. No se trataba de un movimiento totalmente igualitario, aunque estuvieran más cerca de ello de lo que cabe suponer sopesando su interés por evitar el liderazgo y el corto número de quienes lo

soslayaron. Como es natural, el «refinamiento político» surgió por entonces más eficazmente de entre los líderes, del mismo modo que a partir de ellos se desarrollaron en algunos casos los cuadros sindicales.

En los tiempos «pre-políticos» de los ludditas —como en nuestros tiempos «post-políticos»— el pueblo detestaba abiertamente a los dirigentes. La muerte de Pitt, en 1806, les alegró; y, todavía en mayor medida el asesinato de Perceval en 1812. Tales manifestaciones ante la muerte de los primeros ministros evidencian la debilidad de las mediaciones entre dirigentes y dirigidos, la falta de integración entre ambos. La definición política de los trabajadores era, desde luego, menos importante que su definición o integración industrial por la vía sindical; por tal motivo aquella sobrevino más lentamente. De todos modos, hubo una poderosa arma pacificadora: los intensos esfuerzos realizados para interesar al pueblo en las actividades jurídicas, especialmente con vistas a ampliar la base electoral del Parlamento. Cobbett, generalmente considerado el más enérgico panfletista de la historia inglesa, animó a muchos a unirse a los Hampdon Clubs en pro de la reforma electoral y se caracterizó también, en palabras de Davis, por su «condena sin paliativos de los ludditas». Los efectos perniciosos de esta campaña de reforma y división pueden medirse hasta cierto punto comparando las enérgicas manifestaciones previas antigubernamentales de los Gordon Riots (1780) y los atropellos al rey en Londres (1795) con masacres y fiascos como los levantamientos de Pentridge y Peterloo, más o menos coincidentes con la derrota del luddismo, poco antes de 1820.

Volviendo, para concluir, a mecanismos más fundamentales, confrontaremos de nuevo los problemas del trabajo y el sindicalismo. Este último ha de reconocerse que llegó a ser permanente debido al divorcio invariable entre los trabajadores y el

control de los medios de producción; y, desde luego, como hemos visto, el sindicalismo contribuyó sustancialmente a este divorcio. Algunos, entre los que se cuentan, claro está, los marxistas, vieron esta derrota y sus formas y la victoria del sistema fabril como salidas inevitables y deseables, por más que tuvieran que admitir que una parte significativa de la dirección de las operaciones industriales, incluso en la actualidad, depende de la realización del trabajo. Un siglo después de Marx, Galbraith considera que el mantenimiento del sistema de productividad en contra del de creatividad reside en la básica renuncia sindical a toda reivindicación relacionada con el trabajo. Mas el trabajo, según todos los ideólogos, es un área cerrada e inmune a la falsificación. Las actividades laborales son un núcleo impenetrable a intromisiones de la ideología y de sus formas tales como la mediación y la representación. Así pues, los ideólogos ignoran la incesante y universal reclamación luddita del control del proceso productivo. En consecuencia, la lucha de clases es algo totalmente diferente para el trabajador que para el ideólogo.

En los primeros tiempos del movimiento de las Trade Unions hubo altas dosis de democracia. Por ejemplo, estaba muy extendida la práctica de nombrar delegados por rotación o sorteo. Pero no puede ser legítimamente considerada democrática la derrota que se halla en la base del éxito de los sindicatos, derrota que hacía de éstos una organización cómplice, una caricatura de la comunidad. A este nivel no se podía disimular que el sindicalismo era el agente de la aceptación y mantenimiento de un mundo grotesco.

El balance marxiano considera que la productividad es el bien supremo; igualmente, los izquierdistas ignoran la verdadera historia de los ludditas (el final del poder real de los trabajadores) llegando así, por increíble que parezca, a considerar que los sindicatos es lo mejor que pueden desear los

trabajadores desprotegidos. El oportunismo y el elitismo de todas las internacionales, así como la historia del izquierdismo, abocan finalmente al fascismo cuando las represiones acumuladas dan su fruto: cuando el fascismo puede apelar con resultados positivos a los trabajadores presentándose como dispersador de inhibiciones, como «socialismo de acción», etc; en resumen, como revolucionario. Ha de quedar bien claro cuánto se perdió con el luddismo y qué terrible anti-historia empezaba entonces.

Hay quienes vuelven a fijar la etiqueta de «época de transición» a la creciente crisis actual, esperando tranquilamente que todo se resuelva con otra derrota de los ludditas. Vemos hoy la misma necesidad de reforzar la disciplina en el trabajo, como en los viejos tiempos, e idéntica conciencia popular del sentido del progreso. Pero es muy posible que hoy podamos reconocer a nuestros enemigos con mayor claridad de modo que esta vez la transición esté en manos de los creadores. ■

